

falta 30 de septiembre 1886. — (68-72 colección)
30 de octubre 1886
2º 1888

NÚM. I.

DEL TOMO VII.

15 JULIO 1888

AÑO IV.

NÚMERO 63.

REVISTA DE VIZCAYA



DIRECTOR

VICENTE DE ARANA

SUMARIO

LA CONCURRENCIA DE LEYES Y JURISDICCIONES, por **J. Prida**.

LA ALARMA EN INGLATERRA, por **Genaro Alas**.

EPISODIOS MARÍTIMOS, por **Victor de Velasco**.

LA JORNADA Á AFRICA DEL REY D. SANCHO EL FUERTE, por **Arturo Campion**.

CAJON DE SASTRE, por **Vicente de Arana**.

FIESTAS EUSKARAS EN GUERNICA Y LUNO.

LES POÉTES, por **Octave Lacroix**.

CRÓNICA LOCAL, por **Jocundo de Gatika**.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Calles Ercilla y Henao, A—Ensanche.

Bilbao.

ESCRITORES
DE LA
Revista de Vizcaya

D. Alfredo *Alvarez*.
» Federico de *Areitio*.
Argos. (D. Sabino de Goi-
coechea.
» Ricardo *Becerro de Bengoa*.
» Arturo *Campion*.
» Eduardo *Delmas*.
» Juan Ernesto *Delmas*.
» Julio *Enciso*.
» Benito de *Goldaracena*.

D. Julio de *Lazártegui*.
» José M.^a de *Lizana*, Marqués
de Casa-Torre.
» Marcial *Martinez*.
» Ismael de *Olea*.
» Fidel de *Sagarminaga*.
» Antonio de *Trueba*.
» Miguel de *Unamuno*.
» Camilo de *Villavaso*.



NOTA

*La responsabilidad de los trabajos que se inserten en esta **Revista** corresponderá á los autores.*

El Director de esta **Revista** recibe todos los dias no feriados, de once á doce de la mañana.

AUTORES Y EDITORES.

Se anuncian todas las obras que se remiten á esta redaccion y se juzgan en la *Revista Critica*.

REVISTA
DE
VIZCAYA

DIRECTOR

DON VICENTE DE ARANA

Escritores

ALAS, ARANA, ARZADUN, BARCALÁ, BUYLLA,
BUYLLA Y ALEGRE, CAMPION, CANELLA SECADES, CAYUELA
PELLIZARI, COLÁ Y GOITI, CABALLERO, DIAZ, ESEVERRI, LLORENTE,
MADINAVEITIA, POSADA, PRIDA, REVEST, RIVIER,
SANCHEZ, SUAREZ, TRÁPAGA, IRADIER,
VILLAVASO, VELASCO. ETC.

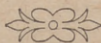
Tomo VII.

JULIO, AGOSTO, SEPTIEMBRE, OCTUBRE, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE.

1888



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID



Ref. 1159

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLES ERCILLA Y HENAO A.—ENSANCHE.

BILBAO.

ESCRITORES
DE LA
Revista de Vizcaya

D. Alfredo *Alvarez*.
» Federico de *Areitio*.
» Argos. (D. Sabino de *Goi-
coechea*.
» Ricardo *Becerro de Bengoa*.
» Arturo *Campion*.
» Eduardo *Delmas*.
» Juan Ernesto *Delmas*.
» Julio *Enciso*.
» Benito de *Goldaracena*.

D. Julio de *Lazúrtegui*.
» José M.^a de *Lizana*, Marqués
de *Casa-Torre*.
» Marcial *Martinez*.
» Ismael de *Olea*.
» Fidel de *Sagarminaga*.
» Antonio de *Trueba*.
» Miguel de *Unamuno*.
» Camilo de *Villavaso*.

ÍNDICE

TOMO VII.

SEGUNDO SEMESTRE—1888

AUTORES.	MATERIAS.	PAGINAS.
A. B.—	Revista de revistas.	340
<i>Alas (Genaro.)</i> —	La alarma en Inglaterra.	9 y 150
	La noche de Mortara.	223
	Rimini	270
	El motor Keeley.	298
<i>Arana (Vicente de)</i> —	Cajon de Sastre.	75, 156, 316 y 469
	Soneto.	276
<i>Arrese ta Beitia (Felipe)</i> —	Gure Bandera, poesia vascongada.	394
<i>Arzadun (Juan)</i> —	Juan Alegre.	401
	A la patria euskara.	435
	La Virgen de la Blanca.	438
<i>Barcala (J.)</i> —	Combustion espontánea de algunos cuerpos.	213
<i>Buylla (Adolfo A.)</i> —	De verano.	107
<i>Buylla y Alegre (Arturo)</i> —	La instruccion popular y la higiene del Obrero.	321
B. y P.—	Revista de Revistas.	418
<i>Campion (Arturo)</i> —	La jornada á Africa del Rey D. Sancho el fuerte.	21
	Datos referentes al Reino de Nabarra.	140, 306, 370, 450
<i>Canella Secades (Fermin.)</i> —	Administracion y servicios municipales.	81
<i>Cayuela Pellizari (Arturo.)</i> —	Influencia de la higiene pública y privada en el desarrollo fisico, moral é intelectual de los pueblos.	88
<i>Colá y Goiti (José)</i> —	Geografia Maritima.	405
<i>Diaz (Eulogio.)</i> —	Nota de una excursion artística á Toledo.	52
<i>Diaz (Luis.)</i> —	La sustitucion del profesorado.	174
	Los Literatos Asturianos en Francia.	281

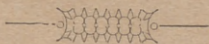
Un discurso acerca de la enseñanza fisica de la muger.	408
<i>Eseverri (Félix de)</i> —Sobre Enseñanza.	68
<i>Jocundo de Gatika</i> .—Crónica local. 38, 78, 119, 158, 194, 238, 277, 356, 398, 439 y 446	
<i>Llorente (Aniceto)</i> .—Importancia y aplicaciones de la Historia Natural.	187
<i>Lacroix (Octave)</i> .—Les poètes.	35
<i>Ludovicus Lucianus Bonaparte</i> .—El verbo.	355
<i>Madinaveitia (Herminio)</i> .—Heine y Becquer. 334, 386, 412 y 441	
<i>Posada (Adolfo)</i> .—Notas de viaje.	99
El octavo centenario de la Universidad de Bolonia.	348 y 361
<i>Posada (A.) y Builla (A.)</i> .—Los principios de política de Holtzendorff.	134, 180 y 229
<i>Prida (J.)</i> .—La concurrencia de leyes y jurisdicciones.	1, 62
La diversidad legislativa y jurisdiccional.	121 y 167
<i>Revest (Vicente)</i> .—El Angel de la Muerte.	287
<i>Rivier (A.)</i> .—La Universidad de Bolonia y el primer renacimiento de la ciencia juridica.	45
<i>Sanchez Calvo (E.)</i> .—La moral sin Dios.	377 y 424
<i>Suarez Capalleja (Victor)</i> .—A los primeros frutos de mi jardin (traduccion).	236
Invocacion à Venus.	114
La Esperanza en Dios.	473
<i>Trápaga y de Errazu (Clemente de)</i> .—Las Troyanas (Trajedias de Séneca).	216
<i>Iradier (Manuel)</i> .—La cuestion del Muni.	257
<i>Villavaso (Camilo de)</i> .—Celebridades contemporáneas.—El Coronel Motkuroff.	41
Una beldad del Harem. La Sultana Fátima.	161
El Conde de Mun.	201
El Cardenal Luis Jacobini.	207
John Dillon.	241
Miguel Dwitt.	244
Timoteo Miguel Healy.	253
<i>Velasco (Victor de)</i> .—Episodios maritimos. La fiebre de la guerra.	14, 93 y 128
Fiestas Euskaras.	33 y 193
Seccion de Curiosos.	80, 320, 360 y 478



HEMEROTECA
MUNICIPAL

MADRID

La concurrencia de leyes y jurisdicciones.



I.



emos visto en el artículo anterior que el fundamento del Derecho internacional privado no era otra cosa sino la razón que engendraba su posibilidad, la cual (presupuesta la verdad del concepto obtenido en el artículo primero) dependía de tres hechos capitales, à saber: 1.º diversidad legislativa y jurisdiccional entre los Estados: 2.º concurrencia ó contacto de las leyes y jurisdicciones: y 3.º competencia preferente de alguna ó algunas de ellas.

Analizando despues el origen y caracteres de la diversidad legislativa y jurisdiccional, reconocíamosla como fenómeno necesario, susceptible si, de reduccion, por la extension arbitraria que ha recibido, pero imposible de borrar, porque se deriva de diferencias en el sugeto, *medio*, historia y civilizacion, cuya persistencia no es posible negar sin contradecir las enseñanzas que ofrece tanto el conocimiento de lo pasado, como la observacion y el raciocinio.

Ahora, pues, siguiendo el camino trazado de antemano por la naturaleza del asunto que estudiamos, corresponde examinar el segundo de los hechos en que la existencia del Derecho internacional privado se apoya, es decir, *«la concurrencia ó contacto de las leyes y jurisdicciones.»*

Porque, para asegurar la existencia de nuestra rama del Derecho, de nada serviría que hubiese leyes y jurisdicciones diversas de un Estado à otro, si faltara entre ellas el contacto necesario para que la competencia pueda surgir. Si el hombre, ciudadano de un país y súbdito de una soberanía, realizara dentro de aquel todos los hechos jurídicos, no adquiriendo más bienes que los enclavados en el territorio de su patria (1), celebrando dentro de ella todos sus contratos y comunicándose exclusivamente con sus conciudadanos, sin establecer una sola relación jurídica con el extranjero, en tal caso, aunque entre las leyes de los Estados hubiese la mayor y más permanente de las diversidades, no se presentaría una sola cuestión de Derecho internacional privado; porque la competencia que señala el carácter distintivo de aquél, sólo nace, según antes se ha visto, (2) por la dispersión de elementos de la relación jurídica, y esta dispersión es imposible en una vida de aislamiento como la supuesta, imposible cuando el hombre no conoce más sociedad, ley, interés ni horizonte que los propios de su país.

¿Pero es racional ó realizable este aislamiento? ó, por el contrario, ¿obedece à una creciente necesidad del progreso humano la comunicación entre Estados distintos y sus ciudadanos respectivos, comunicación que origina relaciones jurídico-internacionales y suscita competencias y conflictos de legislaciones?

Hé aquí la cuestión que ahora nos toca resolver.

II.

Con uno ó con otro nombre, coinciden los sistemas filosóficos y el comun sentir, en reconocer la legitimidad de esa tendencia innata que hay en el hombre à perfeccionarse, suplir la propia limi-

(1) Por más que técnicamente difieran mucho en su sentido, las palabras Estado, comunidad política, país y patria van aquí empleadas indistintamente, de ordinario, à fin de evitar explicaciones ajenas al asunto principal.

(2) Véase la conferencia primera.

tacion con el auxilio ageno y aumentar así el caudal de medios con que el individuo, como las sociedades, cuentan para desarrollar su actividad y mejorar las condiciones de su vida.

Bien se adopte uno ú otro punto de partida, arrancando la sociabilidad humana de los desastrosos efectos de un pretendido periodo antesocial, ó deduciéndola de exigencias tan propias y eficaces en el hombre de hoy como en el hombre primitivo: ya se le encamine à la satisfaccion de necesidades puramente corpóreas ó, en el extremo opuesto, se le asigne como fin el perfeccionamiento de las ideas, ó, con más amplias miras, se reúnan para solicitarla espíritu y materia; ora se piense tan sólo en la existencia terrena, ora se profese la consoladora creencia en otra vida; de todos modos, y por encima de cualquier diferencia de criterio, con relacion al origen, fin y caracteres, siempre se consagra la legitimidad de la agrupacion social, reputándola medio indispensable para garantir y ampliar el ejercicio de ese órden de actividad, sin el cual el hombre, imposibilitado para cumplir su fin, viviria en un aislamiento estéril ó en una lucha destructora, dando de mano que, en semejante estado, pudiera vivir y conservarse (1).

Teniendo el hombre que cumplir el fin, hácia el cual su naturaleza le inclina, necesita obrar y conservarse, siéndole indispensable al efecto la cooperacion de los demás hombres, porque, entregado á sus propios recursos, ni le sería posible subsistir en la debilidad de los primeros años, ni saldria jamás de la miseria económica é intelectual, que mataria de raiz el desarrollo de las facultades humanas, susceptibles de amplisima perfeccion con el concurso social, estériles y ahogadas desde el origen, en una vida de aislamiento.

Y en el ejercicio de esa actividad (siempre que sea adecuada al cumplimiento del fin) no pueden señalarse más límites que aquellos naturales é infranqueables que sirven de término á la vida, en el tiempo, y á la extension de la tierra, en el espacio; porque la

(1) Verdad es que pueden señalarse excepciones á la opinion, poco menos que unánime, arriba indicada; pero ¿dónde no las hay, y qué es lo que no se ha negado ó discutido? Por lo demás, acerca del valor de esas excepciones mucho podría decirse, analizando detenidamente las afirmaciones gratuitas, los razonamientos defectuosos, y las contradicciones internas de las doctrinas que las sustentan. Y esto sin aludir à los móviles que les dieron vida, alguno de los cuales encierra grandísima enseñanza: recuérdese por ejemplo, la famosa conversacion de Lord Clarendon y Hobbes.

fuerza individual es tan limitada, cuanto ilimitadas pueden ser las aspiraciones legítimas: así que toda persona, de cualquier clase y grado que sea, reconociendo, á la vez que su limitación, la posibilidad de remediarla con el auxilio social, solicita este auxilio (medio para conseguir un fin bueno) donde quiera que puede hallarlo, sin consideración alguna á las fronteras políticas ni á las fronteras nacionales.

De aquí lo ilimitado del derecho de asociación (1), siempre creciente como las necesidades y deseos del hombre sensible y racional: derecho de asociación que obedece al mismo principio cuando constituye la familia que cuando crea las naciones: derecho de asociación, cuya indefinida tendencia conduce á reconocer que donde quiera que haya un hombre puede otro hombre asociarse con él, porque en el mútuo auxilio que se prestan hay un medio para conseguir el fin supremo de la vida.

El reconocimiento de esta verdad ha traído la afirmación de una sociedad cuyos individuos son los Estados: la famosa «*civitas magna*» de Wolf, mucho antes explícitamente admitida por S. Agustín y por Suárez, y colocada hoy por los escritores de Derecho internacional como piedra angular para levantar el edificio de la ciencia, que sin ella es, más que organismo, aglomeración empírica, perturbada por la anarquía de los individualismos nacionales.

Pero, aunque el derecho de asociación sea naturalmente ilimitado, en lo que toca al número de los que se asocien, y esto justifica la existencia de la sociedad universal, podría ocurrir que el ciudadano de un país, encontrando dentro de este todo, absolutamente todo lo deseable, no sintiera la necesidad de comunicarse con el extranjero, circunscribiendo su actividad á los medios que proporciona la tierra pátria. En tal caso, á falta de móvil que actualice, por decirlo así, el poder de asociación, la sociedad internacional, lícita y posible, sería al mismo tiempo innecesaria; especie de lujo social ó de necesidad facticia, insuficiente para asegurar el contacto constante entre ciudadanos y extranjeros, entre soberanía y soberanía. Y esto es lo que ahora importa averiguar, analizando en los varios órdenes de la vida la razón que impulsa al hombre á buscar en país extraño lo que el suyo no le proporciona.

(1) V.º Prisco.—«Filosofía del Derecho fundada en la Ética,» (edición española) Madrid, 1879, pág. 291 y siguientes.

III.

Comenzando por el orden económico, cuyas enseñanzas tienen en los tiempos actuales el privilegio de ser preferentemente atendidas, encuéntrase la base inmediata de toda relacion internacional á lo que Torrens llamaba «division territorial del trabajo;» cimiento indestructible de los cambios económicos internacionales.

«Podemos suponer, dice Federico Seebohm, que todos los países »gozaran del mismo clima y de la misma calidad del suelo; que el »aire sólo hubiera podido llenar los grandes valles, á la manera »que el mar llena muchos en nuestros dias. Cada pueblo, en otras »mil condiciones igualmente imaginables, hubiera podido subvenir »por sí solo á sus necesidades, y hallarse completamente desliga- »do de todo comercio con los demás, como si formara por sí un »mundo aparte: pero tal cual es nuestro planeta, con sus regiones »polares, sus zonas templadas y la tórrida, sus suelos ó tierras y »sus productos diferentes, ocupando sus minas de hierro y de lu- »lla demarcaciones determinadas, produciéndose el algodón ex- »clusivamente en otras; en el mundo tal cual es, repetimos, en vez »de hallarse aislados los pueblos vense obligados á enlazar más y »más su comercio, á unir los hilos de su prosperidad nacional en »una madeja única: y esto por una ley natural, y no por artificio »del hombre (1).

Yo no creo que, aun admitien lo la hipótesis de Seebohm de que estuvieran repartidas por igual en el globo las utilidades naturales, se seguiría el aislamiento económico de los pueblos: aun pudiendo verificarse en cada Estado (atendidas las condiciones del suelo y del clima) la misma produccion que en los demás, obstáculos, por ejemplo, de naturaleza social, podrían desequilibrar la produccion de un país á otro, imprimiendo á la actividad económica de cada Estado una direccion determinada, especial, que al favorecer el desarrollo de una industria á costa del de las demás, traeria, con la division territorial del trabajo, la necesidad de los cambios. Y esto aparte de que, sin obstáculo alguno que inclinara

(1) Frederik Seebohm—«De la reforma del Derecho de gentes,» version española de D. Bernardo Escudero, 1.^a parte cap. 1.^o, seccion 2.^a, pag. 24.

necesariamente la balanza, bastaría la convicción de la conveniencia propia para plantear un sistema, gracias al cual la producción aumenta en cantidad, calidad y baratura.

Pero, dejando à un lado hipótesis ilusorias, y viniendo al terreno de la realidad, el mismo Seeböhm nos dice, según antes se ha visto, cómo están repartidas en el mundo las utilidades que el hombre aprovecha y explota para producir: oigamos, no obstante, en igual sentido, à otro distinguido economista.

«Habiendo la naturaleza diversificado los climas, las situaciones geográficas, la naturaleza del suelo cultivable; habiendo repartido desigualmente la acción del sol y del viento, las minas, las canteras, los ríos, el curso de las aguas y los mares, las plantas, los animales, las razas de los hombres: habiendo dado à estos últimos aptitudes, necesidades, gustos diferentes, ha establecido, *ipso facto*, la división del trabajo entre las localidades y entre los pueblos que los habitan, dándoles el medio general de los cambios para transmitirse las unas à las otras las ventajas recíprocas derivadas de la diferencia de su situación y condiciones, procurando-se las mayores ventajas con el menor esfuerzo posible.» (1)

Todos sabéis la verdad que encierran estas observaciones de Garnier y de Seeböhm, fiel expresión de lo que podemos comprobar diariamente: pues bien; de ellas resulta que cada Estado, siendo un individuo grande y nada más, representa necesariamente una producción limitada, incapaz de satisfacer las necesidades económicas de la asociación; porque ésta siente las ilimitadas aspiraciones de la naturaleza humana, mientras que solo produce según la limitación de los medios que tiene à su alcance. Necesitar como hombre y producir como individuo, he aquí la razón fundamental que obliga à asociarse en el orden económico lo mismo à los individuos que à los pueblos: que estos como aquellos no producen cuanto necesitan y desean, sino que se ven obligados à consagrar su actividad al orden industrial que en mejores condiciones es, para ellos, cultivable, y con el perfeccionamiento y exceso de productos que en él consiguen, logran obtener, valiéndose del cambio, aquellos de que carecen y que les pueden ofrecer otras naciones.

Esta división del trabajo, que origina la comunicación económica

(1) Garnier—«Tratado de Economía política,» cap. 13.

internacional, no tan sólo tiene arraigada su existencia en el estado actual del mundo sino que todo hace creer está llamada á subsistir y aun á acentuarse de día en día, con el mejoramiento y perfeccion que de las edades futuras se puede esperar. (1) Porque (prescindiendo de la limitacion inevitable en la produccion, dadas las condiciones naturales de cada país) lo que es racionalmente útil y económico como tal no se abandona, y por eso sería absurdo suponer que los pueblos renunciaran, aunque pudiesen, á esa especializacion de sus funciones económicas, en virtud de la cual, y con el complemento del comercio exterior, puede la prosperidad nacional asentarse sobre sólida base.

No van hoy ciertamente las cosas, segun ya observaba Sabigny, por la senda del retrainimiento en las relaciones internacionales: la tendencia á la expansion, al contacto, al cambio reciproco, es cada día más poderosa y más visible; y si era difícil vivir ántes en un aislamiento completo, hoy, despues de haber experimentado las ventajas de la asociacion, despues de haber modelado la produccion nacional en vista del comercio extranjero, y de mezclar la propia vida á la vida extraña, el retroceso es imposible: para volver atrás, hay que emprender resueltamente el camino de la miseria.

No; no renuncian los pueblos al comercio internacional, ni sería-mente puede intentarlo nadie; y si álguien dudara, ahí está la Historia, maestra de verdad, que elocuentemente lo confirma: la Historia, que revela la tenacidad, como dice Seeböhm, en la dependencia del comercio exterior, enseñándonos que Holanda, Inglaterra, Suiza y Bélgica, países que hoy caminan á la cabeza de los más dependientes, ocupaban la misma situacion hace cinco siglos: la Historia que nos muestra la persistencia del carácter económico en cada país y region, presentándonos á Holanda predominantemente comercial, hoy como en el siglo XIV, á Suiza manufacturera,

(1) Para la escuela positivista podría explicarse esta afirmacion como consecuencia de la ley segun la cual la diferenciacion de funciones crece siempre á medida que se perfeccionan los organismos; de donde se deduce que mientras las sociedades progresen en el órden económico, está llamada á crecer la indole especial de la produccion en cada una, es decir, la division del trabajo y el cambio internacional que es escuela suya. Véase Spencer. «Los primeros principios,» Madrid, 1879, pag. 375 y siguientes.

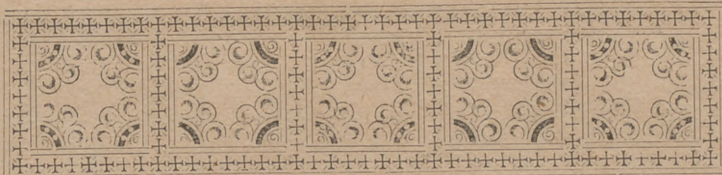
entonces como hoy, y á Cataluña, principal distrito manufacturero de la península española, en medio de las vicisitudes de período tan considerable (1).

Si han de satisfacerse, pues, las necesidades económicas de los pueblos, no hay que pensar en el aislamiento: la prosperidad económica del Estado depende siempre del comercio exterior y por eso á todas horas y en todas partes se forman convenciones internacionales que, con el nombre de tratados de comercio y navegación, convenios consulares, postales, telegráficos ó monetarios, facilitan y regulan esas relaciones inevitables y crecientes, entre ciudadanos y extranjeros, nacidas de la limitación económica de todo país, y del natural remedio que ofrece la comunicación y el contacto con los demás Estados.

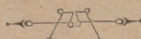
J. PRIDA.



(1) Secbohm, Ob. cit. pág. 37 y 38.



La alarma en Inglaterra.



II.

No puede negarse que la influencia inglesa en la política europea tiene que revestir otra forma, que la que le fué peculiar hasta principios del presente siglo, y cuya última manifestacion parece haber sido la guerra de Crimea. Comparado un contingente inglés con los efectivos de los ejércitos franceses, alemanes, austriacos, rusos y aun italianos, se comprende que su presencia en el campo de operaciones sería de escasa importancia; hasta el segundo medio genuinamente inglés, el subsidio en metálico á las potencias aliadas, se hace punto menos que imposible, hoy que cada ejército beligerante representa un gasto diario de más de 30.000.000 de francos. Pero si el ejército inglés no ha aceptado la organizacion moderna, que inventada para la defensa ha resultado un poderoso instrumento de ataque, no por eso es despreciable para el propósito de defender el territorio metropolitano del reino unido. Para la defensa de las dos islas hay disponibles las siguientes fuerzas:

Ejército regular.	107.395	hombres.
Milicias (reserva del anterior).	137.598	»
Voluntarios	257.834	»
Jeomanry (caballería voluntaria).	14.255	»
Total disponible.	517.082	hombres.

El ejército regular consta de personal muy robusto; la oficialidad, aunque no tiene el fervido entusiasmo de la oficialidad alemana, ni acaso la vocacion militar que caracteriza á la francesa, conserva sin embargo sanas tradiciones de disciplina y bravura; la organizacion es indudablemente defectuosa, ó mejor dicho anticuada; tampoco el armamento es de lo mejor que se conoce; pero en conjunto puede asegurarse que los 108.000 hombres del ejército inglés, batiéndose *pro aris et focis*, valen tanto como tres cuerpos

de ejército de cualquier otra nación; con la ventaja de que la proporción de artillería es muy buena; pues excede de una cuarta parte de la infantería de línea; también los ingenieros y la caballería están en conveniente relación. Aceptando el sistema moderno, con la milicia como reserva, para triplicarlos regimientos de infantería, y aumentar los efectivos de las unidades en las otras armas, muy fácil le sería al ejército inglés organizar de seis á siete cuerpos de ejército de primera calidad, gracias á la gran duración del servicio que existe en ese país.

Respecto á los voluntarios solo puede alabarse hoy en ellos las cualidades físicas y morales que predisponen á formar un buen soldado; pero organizados en brigadas y divisiones (lo que ya ha empezado á hacerse con fecha 8 de Junio), dando á las asambleas de primavera una tendencia más metódica, y proveyendo el rico gobierno inglés á la adquisición y entretenimiento de armamento y material, es indudable que los 258.000 voluntarios ingleses, movilizados á la sombra del ejército de primera línea, representarían una fuerza imponente, contra un invasor debilitado por sus primeros y costosos triunfos, y separado por el mar de su base de aprovisionamientos de hombres y material.

Si á esto se añade que la existencia de una espesa red de ferrocarriles y vías de agua y ordinarias hace que el problema de movilización y concentración sea cuestión simplemente de reglamentos (lo que no nos sucede á los españoles, que no tenemos ferrocarriles) se comprenderá que la debilidad de Inglaterra para resistir á una invasión es más aparente que real; y que bien mirado, el descuido de no haber introducido una organización moderna, para la que existen todos los elementos, se explica por la seguridad de que esa invasión es, sino una imposibilidad material, cuando menos una inverosimilitud mayúscula.

Ante las exageraciones de los alarmistas, el gobierno ha querido poner de relieve no solo el poder defensivo del ejército inglés, sino las enormes dificultades con que tropezaría todo presunto invasor, aun sin contar con las insuperables que representaría la presencia en el canal de la poderosa y aun hoy preponderante flota inglesa. Al efecto el ministro de marina, Lord G. Hamilton, hizo en pleno Parlamento el razonamiento siguiente: Un desembarco en nuestras costas, para ofrecer probabilidades de éxito al invasor, habría de llevarse á cabo con sorprendente rapidez; dadas las facilidades que tenemos para mover nuestras fuerzas, y dado el número de estas, sería preciso que por lo menos 100.000 hombres desembarcasen simultáneamente. Ahora bien, según los datos suministrados por el Almirantazgo, el transporte de 100.000 hombres, con sus caballos, cañones, camiones y demás impedimentos, requiere 480.000 toneladas de embarcación (correspondientes á 312.000 netas); Francia que es la potencia europea que tiene más tonelaje de vapor solo cuenta 500.484 toneladas. Sería pues preciso que en un día dado, con el sigilo más inverosímil, se reunieran en Brest, Dunkerque y otros puertos, todos los barcos de vapor franceses, para llevar á cabo la magna empresa de hacer atravesar el canal á los primeros 100.000 hombres, que habrían de hacerse fuertes en la costa inglesa.



Estas tranquilizadoras aseveraciones del ministro no han pasado como artículo de fé; Wolseley, Hamlay y todos los partidarios de la reorganizacion y aumento del ejército, las han combatido en sus fundamentos, y en las consecuencias á que se prestan. Por de pronto, los militares afirman que 100.000 hombres solo exigen 150.000 toneladas de embarcacion; añaden que ni es preciso que todos los trasportes sean de vapor, ni todos de la nacion invasora; que segun autoridades de peso, 100.000 hombres con 300 cañones pueden embarcar en hora y media; y tomando ejemplos de la guerra de Crimea, de la proyectada expedicion napoleonica desde Bouloque, subiendo algunos hasta Guillermo el conquistador y los invasores dinamarqueses, quieren probar que la invasion no es bajo ningun aspecto tan difícil como los anti-alarmistas propalan.

Bajo este punto de vista técnico, y en un periódico profesional, podría tener interés esta empeñada discusion, y averiguar en qué consiste la diferencia de datos aducida por marinos militares; pero para nuestros lectores el asunto pierde toda su importancia, como la ha perdido para el pueblo inglés, en el momento en que una voz sensata se ha elevado preguntando ¿y nuestra armada? ¿nadie cuenta con ella? ¿tan por los suelos está el poderío naval de Inglaterra que el dia que se declarase la guerra, ó al poco tiempo de declarada, ya no habria una escuadra en el canal para hacer imposible no el paso de 100.000 hombres en 480.000 ó en 150.000 toneladas de vapor ó vela, sino el de un solo galch en que no ondeasen los colores de la Gran Bretaña?

Quien así habló ante un numeroso y escogido concurso fué el almirante Colomb, y desde que su admirable discurso fué conocido del público inglés, puede decirse que el asunto se encarriló, y á las discusiones apasionadas sobre los fundamentos más ó menos racionales de la alarma, han sucedido mesurados debates llenos de doctrina y esperiencia sobre lo que los insulares llaman *the higher policy of defence*, la alta política de la defensa; algo que aquí en España se ha quedado casi en el tintero, ó entre pecho y espalda, á pesar de lo mucho que se ha escrito y hablado sobre reformas militares.

Y dejando de seguir paso á paso esos debates luminosos, vamos á condensar y resumir lo que el buen sentido inglés, guiado por el gran talento de sus estadistas, de sus marinos y de sus militares eminentes, entiende por alta política de defensa; que no es otra cosa que la apropiacion de los medios ofensivos y defensivos al celado interno y externo de la nacion, tomando por norma el ideal, por camino las posibilidades inmediatas.

III.

Preocuparse el pueblo inglés con la invasion de las dos islas, poner ante sus ojos como inmediata é importante tarea la defensa de ese sagrado territorio, fuera tanto como si en 1872, cuando los franceses quisieron reorganizar su ejército para precaver otro desastre, se hubieran limitado á estudiar el modo de hacer á Paris

inexpugnable, abandonando desde luego al presunto invasor el resto de la nación, y no buscando siquiera el medio y manera de asegurar á ese mismo París contra el incontrarrestable enemigo una vez la rindió, y cien veces la dominaría, como dominó á Sagueunto y Numancia; contra el hambre.

No son en efecto las islas británicas sino la capital de un inmenso imperio oceánico; son las fronteras de ese imperio según la frase arrogante (y algún día verdadera) del almirante Colomb, todas las costas de todas las naciones del mundo; es el mar para Inglaterra lo que los ferrocarriles y carreteras y canales para las demás naciones; pues por ese mar van á la capital, estéril respecto á las necesidades del consumo, todo lo que alimenta las fuerzas vivas de la nación-capital. Así pues la estrategia que se impone á los ingleses, es la que se impone á todas las naciones; cerrar las fronteras al enemigo, y si este las salva en masa, ó por partidas, asegurar el interior del territorio, que en este caso es la superficie inmensa de los mares. La empresa así definida resulta grandiosa, colosal, inasequible acaso á las fuerzas relativas de una nación sola, aunque esa sea la Gran Bretaña; pero es racional; es más, es indispensable á la vida nacional.

¿Para qué, preguntan los almirantes Colomb, Hornby, Elliot, para qué habría de venir un invasor á buscarnos en nuestro reducto? Si teníamos escuadra, no llegaría á nuestras costas; sino la teníamos, nos bloquearía dentro de ellas; y cuando nuestros barcos de comercio, que representan ellos solos más tonelaje que los del resto del universo, estuvieran encerrados en nuestros puertos, y cuando los neutrales no pudieran llegar á ellos (porque los cereales, los caldos, las carnes serían declarados contrabando de guerra, como lo fué el arroz en el Tonkin), al cabo de dos, de tres meses empezariamos á sentir la miseria, y podríamos llegar á conocer acaso esa hambre de los bloqueos, contra la que no hay energía, no hay patriotismo que triunfe. Y cuando con hambre nos rindiéramos, el vencedor nos impondría condiciones, medianamente las cuales él pudiera aniquilar ese comercio que es nuestra sangre en movimiento, y se repartiría esas colonias, esos países de protectorado que es donde vamos á buscar los elementos de nuestra vida. No, no podemos admitir la hipótesis de una invasión; porque la invasión no es posible si hay escuadra, y no es necesaria sino la hay. Con razón podemos decir que el fin de la escuadra sería el horrible *finis Britannia*.

Con una elocuencia que nosotros no podemos remedar, porque no nos llega á lo vivo lo fiero de la presunción, han expuesto esos ilustres marinos este argumento, que á nuestro juicio no tiene vuelta de hoja. Y en el mero hecho de presentarlo la cuestión ha quedado en principio resuelta; la verdadera defensa de Inglaterra está exclusivamente en su escuadra, la cual debe de ser bastante poderosa para asegurar la continuación del comercio inglés en caso de guerra. Lo ideal, la aspiración del pueblo británico sería asegurar la necesaria superioridad marítima contra todas las potencias del mundo coaligadas; lo posible es asegurar esa superioridad contra una alianza de dos ó tres grandes potencias marítimas, contando con que la diplomacia preste su concurso por medio

de alianzas convenientes, que decidan la indiscutible superioridad marítima á favor de Inglaterra.

Pero para llegar á este punto precisa un plan definido, que fué tradicional en Inglaterra, hasta mediados del siglo; plan que ahora se ha perdido de vista, sustituyéndole por una conducta irracional, que consiste simplemente en procurar á la flota inglesa alguna superioridad numérica sobre la flota francesa; como si con esto se pudiera llenar la necesidad de defender el comercio inglés en caso de guerra con Francia, ó con cualquier otra potencia.

Hay que volver decididamente á uno de los dos sistemas estratégicos de Lord Howe, ó de Lord Saint-Vincent. El primero consiste en disponer de fuerzas navales suficientes para bloquear las escuadras enemigas en sus propios puertos, dejando libre el mar al comercio inglés, y absolutamente cerrado al de la potencia enemiga. El segundo, al contrario, quiere que las escuadras enemigas salgan al mar, para batirlas y aniquilarlas en grandes batallas; mientras que cruceros estacionados en lugares convenientes protejen el comercio inglés, y persiguen el del enemigo.

Veremos enseguida no sólo cual de estos métodos es el que teóricamente merece preferencia; sino, y es lo más importante, á cual de ellos ofrece más facilidades el estado actual de la navegación, y del arte marítimo-militar.

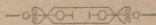
CONTINUARÁ

GENARO ALAS.





EPISODIOS MARÍTIMOS



La fiebre de la guerra.

(CONTINUACION)

III.

Empezaba á asomar el alba del día primero del año 1851 ó lo que es lo mismo el primero de la segunda mitad del siglo XIX y por cierto que se inauguraba en estos parajes de la zona ecuatorial, con una brillantez de tan espléndidos matices, que arrobaba el animo de los que lo presenciábamos. Casi la totalidad de la tripulación y fuerza de desembarco, se encontraba sobre cubierta y el comandante, oficiales y el reverendo padre Fr. Pascual Ibañez que como ya hemos dicho, lo llevábamos á bordo; ocupábamos el estrecho puente del vapor y nos disponíamos á tomar el humeante café que nos sirviera de desayuno. El pueblo de Joló aparecía mudo y sombrío. No sin algun recelo, al saborear nuestro sabroso líquido, dirigíamos con insistencia nuestras miradas á las aun informes masas de las baterías joloanas.

Los refulgentes colores rosados y de ambar, que preceden á la salida del rey de los astros, teñian cada vez con mayor viveza y claridad el horizonte par su parte de oriente.

Apenas y aun antes de que este asomase su limbo superior, distinguimos y oímos casi al propio tiempo: una pequeña nube como de blancos algodones, destacarse de la sombra que aun proyectaba la plaza de Joló; una fuerte detonacion y el ruido especial que produce esa esfera de hierro, que se llama bala de cañon, rompió los aires. Seguidamente y sin interrupcion, todas las baterías rompieron el fuego de sus cañones contra nosotros. Los bravos hijos de Mahoma cumplan su promesa, saludándonos con

sus ciento veinte piezas de artillería de todos calibres, desde el de 24 hasta la lantaca de á 6. Magnífico saludo, en que al estrépito de la artillería, se unía un clamor enorme de los 20.000 joloanos, que como una sola voz resonó en el espacio; dando al viento las banderas rojas y negras en los fuertes del Sultan y de los Dattos. En medio del estupor y confusion de los primeros momentos, se oyó clara la voz del timonel de guardia, exclamando: «Señales la Capitana» y en el pico de cangreja del Reina de Castilla divisamos las banderas que nos ordenaban á todos los buques levar y ponerse en franquía, con sus remolques. Inmediatamente ejecutamos esta maniobra; el Reina de Castilla tomó á la Villa de Bilbao, el Magallanes al Ligerero y nosotros viendo que las faluas por su propia cuenta se separaban de la costa á fuerza de remo, nos pusimos en movimiento á fin de ponernos fuera del alcance de la artillería de la plaza. Esta continuaba un nutrido fuego graneado, sacudiendo algunas de sus balas la superficie del mar, de el que levantaban caprichosos golpes de agua á modo de surtidores.

Estábamos próximos á salir de la zona del alcance de los cañones, cuando un fatal accidente fijó toda nuestra atencion. El bergantin Ligerero que era arrastrado por el vapor Magallanes, vemos con asombro que queda inmóvil y el vapor que lo conducía se separa rápidamente de su proa. Era indudable, que le habia faltado el remolque. El vientecillo del norte que reinaba, era por demás flojo y contrario á la maniobra del bergantin; lo que unido á la corriente que lo arrojaba insensiblemente sobre la costa, precisamente sobre el fuerte del sultan, el más importante; hacian comprometidísima su situacion. Sin embargo, nos apercebimos enseguida, que la gente largaba y cazaba el aparejo y que con su vela mayor-cangreja, trataba de hacer cabeza; pues su proa habia tomado la direccion de tierra. Las banderas numerales que nos pertenecian, se desplegaron en el tope del Reina de Castilla y debajo las de señales, que indicaban tomar remolque; esto es que el buque insignia nos mandaba acudir en auxilio del comprometido bergantin. Sin vacilacion, enderezamos la proa, sobre él; y continuando todos los oficiales en el puente, promovimos un rápido consejo para determinar si habiamos de tomar al bergantin por su popa, que era la maniobra menos peligrosa, ó si habiamos de arrostrar el fuego de las baterías del Sultan, pasando por su proa para darle como se debía el remolque por esta parte. En atencion á lo temerosa cuan peligrosa empresa de verificarlo así, acordamos en mayoría ejecutar lo primero; pero el pundonoroso alférez de navío R... que no habia desplegado sus labios, con sentido acento nos increpó, diciéndonos las siguientes textuales palabras: «*Millares de ojos nos contemplan, maniobremos como se debe!*» Estas nobles espresiones, produjeron el mágico efecto que era de suponer y decididos avanzamos cual el jabalí que arremete con los ojos cerrados á los feroces mastines que le acosan. En el curso de éstos sucesos que pasaron más rápidos que lo que se tarda en acentuarlos, los demás buques, en vez de continuar su marcha, maniobraron sosteniéndose en el límite del alcance de las piezas joloanas y rompieron el fuego á su vez con sus cañones. Por fin dejábamos la penosa situacion de

estarnos con los brazos cruzados, sufriendo el terrible metralléo de nuestros regocijados enemigos.

La fortuna quiso, que ejecutáramos la ciaboga del vapor, con una precisión matemática; y arrojándole un calabrote á su proa, presto lo vimos enrollado en su palo trinquete y á toda fuerza de máquina, lo arrancamos de su terrible situación. En medio de esta feliz maniobra, que verificamos con la sonda en la mano, por que avanzamos casi á tiro de fusil; y quizás esto, contribuyera á no haber recibido más que cinco balazos; dos en el aparejo, otros dos en la aleta destribor, quedando una de las balas de á 8 incrustada en el embonado de esta parte y que penetró hasta asomar por la cámara del comandante; la otra de 16 de refilon, llevándose un buen trozo; y la más desgraciada, en la obra muerta, cerca del tambor, que dejó maltrecha á una infeliz ternera que llevabamos é hirió un astillazo que levantó bastante gravemente á un sargento de infantería. Nosotros tambien tuvimos el placer, siquiera fuera pequeño, de enviar á la plaza 4 granadas de nuestras colisas.

Todos los buques tomaron de la vuelta de fuera; y á las nuevas señales de «union» hechas por la Capitana, nos agrupamos todo lo que permitian los remolques, al Reina de Castilla, pero sin dejar nuestra marcha; y en esta situación y todavia resonando los ecos de los cañones de Joló, el buque insignia izó nuevamente señales con la numeral del bergantin Ligero, para entablar con él, una conversacion telegráfica, por medio de las 8 banderas dedicadas á éste objeto. Ibamos á saber los sucesos ocurridos durante el corto, pero tremendo periodo de nuestro cañoneo; así, provistos de papel y lapiz, y con los anteojos fijos en las teleras, que conducen las drizas de las banderas, apuntamos la siguiente comunicacion; el Reina de Castilla preguntaba, cuál habia sido la causa de haber faltado el calabrote de remolque y qué averías y desgracias habia tenido á bordo. El bergantin contestó, que ignoraba si el remolque habia fallado por alguna fuerte estrepada ó por rotura de una bala; que habia recibido unos 13 balazos en su casco y aparejo, teniendo solo un muerto y dos heridos y que las averías no eran de consideracion. Verdaderamente podiamos felicitarnos, de que hubiera escapado á tan poca costa del fuego incesante y de todas las piezas que por su situación, podian hacerle blanco de sus tiros durante el largo cuarto de hora que estuvo á sus alcances y atribuímos tan buena fortuna, á que estando muy dentro del tiro en blanco de los cañones, la parábola de la trayectoria de las balas, pasara por encima del casco; habiendo recibido la mayoría de los balazos en su aparejo. A continuacion se entabló la comunicacion telegráfica con el vapor Magallanes y los datos recojidos fueron algo más desconsoladores, pues solo una bala de á 24 atravesó el vapor de parte á parte próxima á los tambores, dejando sobre cubierta cinco muertos y cuatro mal heridos. En cuanto al mismo Reina de Castilla y Villa de Bilbao supimos despues que solo el primero habia tenido cuatro hombres fuera de combate.

Ciertamente podiamos congratularnos de las pocas desgracias experimentadas, pues si bien fué relativamente corto el tiempo que permanecemos bajo el fuego de la plaza, podian haber sido más desastrosos los efectos, si las piezas hubieran estado mejor

montadas y servidas; habiendo tenido tantísimo tiempo de enfilarnos, apuntarnos y medir con más acierto la inclinación de los cañones, por la corta distancia que los buques ocupaban de la plaza; lo que, como tenemos indicado, fué en esta ocasión nuestra suerte.

Pero ahora digamos algo, sobre el sentimiento que embargaba el ánimo de todos los que por la fuerza de las circunstancias, habíamos tenido que rehuir el combate, á que tan temeraria, como valerosamente, nos habían provocado los bravos piratas insulares. ¡Vala me Dios! cuanto daríamos por tener en nuestra mano la pluma que inmortalizó, al famoso manco de Lepanto, para expresar el sonrojo y la indignación que á todos nos embargaba. Asendereados, confusos y turbados, no acertábamos á comunicarnos los pensamientos que surgían en la mente y la desgarradora indignación que hervía en nuestros pechos; pero sobre todo en los dos hombres que nos dirigían y mandaban; cuan grande y profunda no sería la impresión que en ellos palpitara ante tamaña desventura!

Segun tuvimos ocasión de saber más tarde, cuando nos comunicamos con los oficiales que dotaban al vapor Reina de Castilla, nuestros dos jefes de mar y tierra permanecieron mudos, aparentando estar bajo una siniestra y calculada calma. Urbiztondo, temperamento fuerte y sanguíneo, mostraba en su rostro el resplandor rojizo de sus mejillas y sus hermosos ojos azules, reflejaban en sus tintes profundamente oscuros, los sombríos destellos de la revancha y de la venganza que meditaba.

Quesada, fino y nervioso, fijaba con dureza la mirada, al través de los cristales de sus gafas de oro, y su quijada se movía convulsivamente en una contracción nerviosa que le era peculiar. No sabían los que los contemplaban, si se habían participado sus impresiones y sentimientos; pero era fácil de conocer, que sus razones latían en unísono impulso.

Desde este instante, casi todos sin escepción, entramos sin darnos cuenta de ello, en un periodo de calentura, que nos ha movido á titular estos episodios con el nombre de fiebre de la guerra; pues solo así se comprenderán los diversos acontecimientos que se sucedieron.

IV.

Nos dirigíamos evidentemente con rumbo al fondeadero que habíamos dejado, formado por las islas de Tonkil, Belaun y Bocotua; y hé aquí, que cuando estábamos próximos á enfilarse el paso entre estas dos últimas islas, el Reina de Castilla que iba más avanzado, nos hizo señales de aproximarse al habla á todo vapor; así lo verificamos, dándonos la orden de ir á la caza de una embarcación que divisaba, que á todo remo se aproximaba á las islas. Largamos el remolque de cuatro faluas y con las dos restantes á toda máquina nos dirigimos sobre la vistada embarcación. Era un panco de dos órdenes de remos, como las antiguas galeras; que no habiéndonos visto por cubrirnos la isla de Bocotua, se vió de pronto sorprendido, variando de rumbo para acojerse á la tie-

rra. A pesar de su extremada ligereza, pues son barcos que superan el andar de nuestros vapores, al menos en un corto trayecto, logramos cortarle la proa antes de su intento de embarrancar en la isla; pero mientras que dejábamos las faluas para que á remo avanzaran sobre él, debieron arrojarse la mayor parte de sus tripulantes al mar y entre dos aguas, saliendo á respirar por momentos, consiguieron alcanzar los manglares de la isla y se perdieron para nosotros. El panco con siete moros, únicos que pudimos aprisionar, lo tomamos á remolque con las dos faluas y embocamos el canal á tiempo de dejar caer nuestra ancla, cuando los demás buques lo hacian.

Este panco llevaba víveres y armas á Joló, ignorante sin duda de lo acaecido; y los desdichados que no tuvieron la suerte de sus compañeros, fueron los primeros víctimas en el duro castigo á que al siguiente dia sometimos á los pueblecitos y habitantes de las tres islas que nos rodeaban.

En efecto, en las primeras horas de la siguiente mañana, verificamos el desembarco de dos columnas mandadas cada una, por un teniente coronel, en las islas de Bocotua y Belaun; sirviéndonos para ello, de las faluas y los botes, en carencia de las planchas que habíamos abandonado.

Presto nos apercebimos desde á bordo, de la llegada de las tropas á los pueblecitos situados á orillas de la costa, viendo elevarse las negras columnas de humo, producidas por el incendio de las viviendas de los moros. A medio dia, recibimos á nuestro bordo un bote que traia un teniente y dos soldados heridos de arma blanca y que pertenecian á la fuerza que llevábamos en nuestro vapor.

Hasta cerca de anochecer no regresaron las tropas, y entonces tuvimos ocasion de reasumir los sucesos de este primer desembarco.

Los jefes de las columnas que operaron en tierra, llevaban órdenes muy precisas y terminantes: la devastacion de todos los cultivos que descubrieran, el incendio de todas las moradas y por último y como para dar el sello que debía marcar el género y molde del tremendo castigo de aquellos nidos de piratas, antes de reembarcarse, dejar tendidos en la playa los siete moros aprisionados el dia anterior en el panco; despues de haber servido de guías á las columnas por los intrincados bosques de las islas. ¡Doloroso y terrible es tener que consignar estos brutales hechos de una guerra sin cuartel; pero si se observa que los falaces y traidores habitantes de estas islas, se habian burlado indignamente de sus promesas de sumision y respeto, habiendo sido recientemente los factores mas crueles de desastrosas piraterias en nuestras posesiones, y que como ya tenemos dicho nos encontrábamos en una temperatura muy elevada, despues del insulto inolvidable sufrido delante de los muros de Joló; podrá comprenderse la saña y furor bélico que dirigía nuestras acciones.

En este primer desembarco, en el que prestó muy útiles y acertados servicios el P. Pascual Ibañez con su barangallan, lo más notable y digno de referirse, fué el heroico valor de tres moros que armados de sus lanzas, acometieron á una seccion de 30 hombres que se habrian pasado con sus bolos, la espesa maleza de aque-

llas selvas vírgenes y que sin hacer caso del número y de las armas de fuego, se resistieron hasta quedar exanimas en el suelo acribillados de balazos. Estos tres moros, estaban juramentados, cuya circunstancia la hemos explicado anteriormente. El teniente de infantería que mandaba nuestra fuerza é iba á la cabeza, recibió dos profundas lanzadas de estos fanáticos, juntamente con dos soldados de su fuerza, heridos del mismo modo.

En lo demás no tuvimos más desgracias que algunas pequeñas heridas de flecha y zumbilines, que son así mismo flechas que arrojan por el solo esfuerzo del brazo, y consisten en unas duras baretas de palma brava, muy afiladas en su extremo y con ligeras muescas ó dientes; que solo son temibles, porque acostumbran á impregnarlas de sustancias venenosas, que hacen peligrosas las heridas, por mas ligeras que sean.

Pasamos la noche en la mayor tranquilidad; y al despuntar los primeros albores del siguiente dia, embarcamos una fuerte columna que debíá operar sobre la más importante isla de Tonkil. De esta isla, cuyo jefe principal parece que tenía la categoría ó se hacía pasar por sultan, había enviado en una *visita*, durante los acontecimientos del pasado dia, una especie de comision parlamentaria al objeto de entrar en tratos pacíficos con nuestros generales, ofreciendo la más humilde sumision en nuestras exigencias; sin duda se habian apercibido del corage y de las intenciones con que nos presentábamos; pero el general Urbiztondo contestóles que no había lugar á irrisorias conferencias, ni tratados y que á la mañana siguiente verian de cerca á nuestros parlamentarios. Fuéronse cabizbajos, pero dudosos de tan vaga respuesta; y sin duda, la impresion que llevaron la debieron comunicar á los habitantes de Tonkil, porque cuando las fuerzas de desembarco entraron en el mísero pueblo de la llamada sultanía, se encontraron con sorpresa á muchos de sus habitantes, sobre todo mujeres y niños; entre ellas una que dijeron ser la favorita del titulado sultan, y entre los hombres á un venerable anciano que desempeñaba la dignidad de Sharip; que equivale á la de nuestros obispos. Este suceso, como digo, causó grande estrañeza; porque siempre los moros acostumbran, como ya hemos dicho no aparecer si ven que el enemigo es superior á ellos; y así se comprende la dificultad de hacerlos prisioneros, pues aun los gravemente heridos, tienen un grandísimo cuidado de llevarles consigo; y en cuanto á los cautivos súbditos nuestros saben perfectamente que guardan en rehenes á sus mujeres é hijos, padres ó hermanos y de esta suerte tienen buen cuidado de no desertar, como del mejor grado lo harian, si no tuvieran el temor fundadísimo de que los suyos respondian con su cabeza de la ausencia de estos desdichados.

Con el mismo afán y ahinco que en la anterior espedicion, pues para esto son muy abonados tanto los españoles como nuestros tagalos; el incendio, la debastacion y aun el pillaje de lo poco que podian haber á las manos, se ejecutó con pasmosa celeridad; no pareciendo sino que nuestros soldados estaban influidos por espíritus vengativos y destructores. Así es que muy luego no quedaba de las cabañas de los moros, más que las humeantes cenizas

y los magníficos y esbeltos cocoteros yacian en el suelo; habiendo quedado prisioneros la mayor parte de las mujeres, niños y ancianos; entre estos últimos el venerable Sharip, pues los que pudieron y eran más jóvenes, huyeron despavoridos á los bosques, tan luego como se apercibieron de las desoladoras intenciones de sus enemigos. También se logró rescatar varios cautivos, que para hacerse conocer se persignaban repetidamente y con el mayor fervor.

Esta segunda expedición fué breve y á medio día se encontraban á bordo todas las fuerzas del desembarco; habiendo dejado sobre la arena, antes de partir, los cuerpos inanimados de todos los prisioneros. Las mujeres y niños hasta la edad de 16 años los trajeron á bordo de los buques que les fueron designados.

También el desdichado Sharip, pagó con su vida, sin que sus muchos años y la dignidad de que se hallaba revestido entre los suyos, fueran excusa para dejar de cumplir el tremendo castigo, que nuestros generales habían impuesto al pueblo de Tonkil, el más marcado por su felonía y sanguinarias piraterías, entre las islas tributarias del Sultanato de Joló.

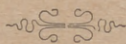
CONTINUARÁ

VICTOR DE VELASCO.





La jornada á Africa del Rey D. Sancho el Fuerte.



(Problema històrico)

(CONTINUACION.)

Segun el historiador granadino, hallándose El-Nasser en Marruecos (año 606, ó sea 1209 de N. J. C.), recibió la noticia de que Alfonso (el rey de Castilla) había invadido las tierras del Islám. Mandó predicar la guerra santa contra los infieles en todas las regiones del Maghreb, de la Ifrikiya y del Sur. Puesto á la cabeza del ejército el Emir salió de Marruecos el año 607 (1210 de N. S. J.). Desembarcó en Tarifa y se encaminó á Sevilla. El ejército era imponente; lo dividió en cinco cuerpos: primera division los árabes, segunda division, los Zeneta, Senhadja, Mesmuda y demás kabyilas del Maghreb; tercera division, los voluntarios, en número de ciento sesenta mil, entre peones y ginetes; cuarta division, los andaluces; quinta division, los Almohades. Llegò á Sevilla el 17 del mes du'l hidja del mencionado año 607.

Desde ahora copio textualmente. «A la noticia de su desembarco en Andalucía, los países cristianos se conmovieron y el temor se enseñoreò del corazon de sus reyes que se apresuraron á abandonar la vecindad de las villas y aldeas musulmanas para fortificarse en su casa. La mayor parte de esos Emires le escribieron cumplimentándole y pidiéndole que fuese indulgente. Uno de ellos, *el rey de Byuna* (Bayona) vino personalmente á demandarle paz y perdon. Cuando ese maldito supo que el Emir

de los musulmanes habia entrado en Sevilla, quedó tan consternado pensando en sí y en su tierra, que le envió un correo en solicitud de que le permitiese avistarse con él. Accedió El-Nasser y al mismo tiempo comunicó órdenes por todo el camino que el maldito habia de seguir, con el fin de que en cada parada le diesen liberal hospitalidad por tres dias y le retuviesen mil caballeros de su escolta, despidiéndolo al cuarto dia. Ese rey salió de su país á la cabeza de un ejército y apenas llegó á tierra musulmana, fué recibido por los kaides que acudian con mucha pompa al frente de sus tropas y de una parte de los habitantes. En cada parada le daban, durante tres dias, generosa y espléndida hospitalidad, y el cuarto dia, en el instante de su partida, le retenian mil caballeros de su ejército. Así se practicó, hasta su llegada á Karmuna (Carmona) y aquí no se le quedaron sino mil caballeros por escolta. Despues de haberlo agasajado durante tres dias, el gobernador de esa villa le retuvo el último millar de caballeros y entonces dijo: «Cómo! tambien me arrebatáis la última escolta que habia de acompañarme hasta donde se halla el Emir de los Creyentes?—Seguid adelante, le respondieron; para llegar hasta el Emir de los Creyentes, os basta la proteccion de su espada y de su palabra». Efectivamente, salió de Karmuna (que Dios lo maldiga!) acompañado únicamente de sus mugeres, de sus servidores y de los regalos para El-Nasser. En el número de los presentes se comprendian las cartas que el Profeta (Dios lo harte de bendiciones!) habia escrito á Harkal, rey de los cristianos (el emperador de Constantinopla Heraclio). El maldito llevaba esas cartas para obtener con seguridad su perdon y demostrar que habia recibido su reino de muy grandes é ilustres antepasados. Esos nobles escritos constituian para ellos, ciertamente, una rica herencia; estaban cuidadosamente recubiertos de una tela de seda verde y encerrados en una caja de oro perfumada con amizcle, y en verdad que todo eso era poco, todavía! El Emir de los musulmanes mandò á sus tropas que formasen la carrera desde la puerta de Karmuna hasta la de Sevilla, y enseguida, ginetes y peones

formaron filas á derecha é izquierda; estaban todos de gala en ropas, armas y arneses, y se tocaban unos á otros en toda la línea de Karmuna á Sevilla, ó sea, en un recorrido de cuarenta millas de longitud. El Emir de Byuna se adelantó de esta suerte bajo la sombra de las espadas y de las lanzas musulmanas y cuando se acercaba á Sevilla, El-Nasser hizo que armasen su tienda roja fuera de la ciudad sobre el camino de Karmuna y colocasen dentro tres asientos.

«Entonces preguntó quién, de entre sus kaides, conocía la lengua bárbara. Le designaron Abu el-Djyuch, é hizo que lo llamasen: «Abu el Djyuch, le dijo, cuando ese infiel llegue es preciso que lo reciba convenientemente; pero si viene á mí y yo me levanto para recibirlo, obraré en contra del Sonna que prohíbe levantarse por un infiel en Dios altísimo. Por otra parte, sino me muevo y todos me imitan, faltaremos á los miramientos de cortesía que se le deben, porque es *gran rey entre los reyes cristianos*, huesped mio y ha venido á visitarme. Te ordeno, pues, de colocarte en medio de la tienda, y cuando el infiel se presente en una puerta, yo entraré por la otra. Tú te levantarás enseguida y me tomarás la mano, haciéndome sentar á tu derecha; ofrecerás, igualmente, la otra mano al infiel y harás que se siente á tu izquierda, colocándote en medio de ambos para servirnos de intérprete» (1). El kaid Abu el Djyuch ejecutó literalmente sus instrucciones y cuando el Emir y el Rey de Byuna estuvieron sentados, dijo á éste: «Hé aquí el Principe de los musulmanes» y cambiaron sus saludos. Entonces hablaron larga y francamente; despues montaron á caballo y se pusieron en marcha, manteniéndose el Rey de Byuna

(1) La estratagema de El-Nasser fué tan famosa que constituye un *precedente* del ceremonial. Cuando los emperadores de Marruecos se ven precisados á recibir á algun embajador ó personaje cristiano con mucho respeto, lo reciben en igual forma que aquel soberano recibió á Sancho el Fuerte. Tal sucedió hace pocos años en la recepcion del embajador del presidente de la República francesa; los detalles los lei en una entrega de la *Revue des Deux-Mondes* cuya fecha no tengo presente.

algunos pasos detrás del Emir; iban escoltados por toda la caballería almohade y fueron recibidos con mucha pompa por las tropas y los habitantes de Sevilla, y fué aquel, día de gran fiesta. El-Nasser entró precediendo al rey de Byuna, á quien instalò en lo interior de Sevilla muy espléndidamente y de manera que se llenasen todos sus deseos. Le concedió la paz por todo el tiempo de su reinado y de sus descendientes almohades y lo despidió lleno de beneficios, despues de haber accedido á todas sus peticiones.

«Inmediatamente despues de esta visita, El-Nasser se puso en campaña para ir á atacar las fronteras de Castilla. Marchó el 1.º de safar, año 608 (1211 de J. C.) y llegó bajo los muros de Salvatierra.» Sigue aquí la descripción del famoso sitio, episodio-prólogo de la campaña de las Navas.

Hasta aquí el historiador musulman y antes de entrar en el exámen de la cuestion de fondo que suscita su relato, me parece oportuno tocar otras de ménos importancia, del mismo derivadas.

La derrota de Alarcos que el Rey de Castilla se atrajo por su arrogante petulancia, le había obligado á pactar una tregua que rompió el año 1209, invadiendo con los caballeros de Calatrava las tierras de Jaen, Baeza y Andujar. Esta incursion ocasionó la venida de El-Nasser seguido de un poderosísimo ejército. *Rudh el-kartas* está confirmado, en esta parte, por los historiadores cristianos: como se vé, el principio de la relacion trascripta, no va descaminado. Nada es tan creible como que la noticia de la invasion africana aterrara á los Reyes de la Península: todas las de esta especie habian sido muy funestas para España. Bien vivo se conservaba el recuerdo de la de El-Manssur, y remontando el curso de la historia, se tropezaba con el tremendo exodo de los Morabethyn (Almoravides), vencedores en Zalaca bajo el Emir Yussef y en Uclés bajo el Emir Aly. Lo que es ménos aceptable es que el Rey de Navarra esperimentase tan profundamente la alarma que fuese personalmente á pedir «paz y perdon» al invasor. Entre los Estados de El-Nas-

ser y los de D. Sancho mediaba lo ancho de Castilla; era necesario una catástrofe como la del Guadalete antes que directamente esperimentase el nabarro sus efectos. ¿Cómo el Rey para quien era menos inminente el peligro fué, sin embargo, el que dió pasos más importantes para desviarlo? Alguna otra causa mediaría.

El historiador granadino designa á D. Sancho con el título de Rey de Bayona; desde el reinado de D. Alonso el Batallador comenzaron á generalizar los monarcas del Estado Pirinaico el título de Reyes de Nabarra, muy poco usado hasta entonces; antes, y aun despues de Don Alonso, decian nuestros Reyes que reinaban en Pamplona, Alaba, Bizcaya, Ipúzcoa y en Tudela, las Montañas, Logroño etc.; el nombre de Nabarra concluyó por suplantár á los demás. Pero el nombre que acaso usaron siempre hasta la suplantacion definitiva todos esos monarcas, sólo ó acompañado, fué el de Reyes de Pamplona. Bayona era la ciudad principal ó cabeza del Estado basco ultra-pirinaico de Laphurdi (Labourd), que pertenecía al Rey de Inglaterra por título ó lazo federativo, consecuencia de su dominacion en la Aquitania. No es fácil atinar por qué *Rudh el-kartas*, entre todos los títulos con que pudo designar á D. Sancho, buscó el de la ciudad labortana. Al principio me ocurrió si la designacion de Rey de Bayona se referiría á Ricardo Corazon de Leon; pero si Ricardo estuvo en Palestina, nadie afirma que estuviese en Marruecos ó Andalucía. La ciudad de Bayona se puso bajo la proteccion de D. Sancho el año 1204; es, por lo tanto, evidente, que el autor del *Rudh*, en la época en que supone acaecida la jornada de D. Sancho, fué exacto llamándole Rey de Bayona, y tal vez lo llamó así por la importancia de esa ciudad. Y si era Rey de Bayona cuando visitó á El-Nasser, la visita fué posterior al año que fijan nuestros historiadores.

El imam Abu Mohammed nos pinta al Rey D. Sancho haciendo su visita al frente de «un ejército:» mala manera de hacer visitas me parece esta. Y para escolta, los miles de caballeros que la relacion menciona, no guarda proporcion con las fuerzas militares de que en aquella

época podía disponer Nabarra (1). Varios miles de caballeros eran un verdadero ejército para nuestro ya diminuto Reino. Por si se trata de la misma jornada, diré que, según D. Rodrigo, el Rey D. Sancho llevó poca gente consigo cuando fué á tierra de los Arabes. En la retención sucesiva de la escolta se descubre como un trasunto del cautiverio, más ó ménos disfrazado, en que se dice tuvieron á D. Sancho: este hecho lo admito por cierto esencialmente. No así el que saliera de Karmuna acompañado de *sus mugeres*; esta es una impropiedad que también se nota en otros pasajes del *Rudh* referentes á Reyes de Castilla: se olvida de que los Reyes cristianos no tenían harem.

Otra circunstancia muy curiosa menciona el relato; el regalo consistente en cartas escritas por Mahoma á un emperador bizantino. En alguna de las derrotas sufridas por los Musulmanes en Nabarra, ó en alguna de las conquistas verificadas por nuestros Reyes, es posible que cayesen en poder de los vencedores, no diré cartas auténticas del Profeta, pero sí manuscritos árabes reputados por tanto, ó importantes y peregrinos. Punto es éste imposible de esclarecimiento.

La cuestión de fondo que provoca el relato del imam granadino es la siguiente: la jornada de D. Sancho fué doble, una al Africa en 1198—descartando, por supuesto, el motivo novelesco del matrimonio—y otra á Andalucía en 1210? Responder afirmativamente es, á buen seguro, el camino ménos trabajoso, pero se tropieza con una objeción, para mí de mucha fuerza; cómo pasó desapercibida la primera jornada para los historiadores árabes y la segunda para los cristianos? Refundir las dos jornadas en una, aunque salve esta dificultad, no deja de enredarse en otras.

Para combinár las dos versiones, formando con ellas una relación única, se hace priso suponer en el *Rudh* un error de doce años en su cronología, próximamente.

(1) Acerca de las fuerzas militares del Reino en la Edad-Media encontrarán bastantes detalles los lectores de la REVISTA en los *datos históricos* que iré publicando.

Es esto lícito? no es un recurso demasiado cómodo y expedito? La visita á El-Nasser viene, por decirlo así, perfectamente amojonada por dos acontecimientos cuyas fechas conocemos con exactitud suficiente: la ruptura de la tregua y el sitio de Salvatierra. Abu Mohammed no coloca la visita en período de tiempo indeterminado, sino entre esos dos acontecimientos. ¿Fué equivocacion? Una afirmación de ésta naturaleza siempre será hipotética. A primera vista el título de Rey de Bayona exige que la fecha de la visita sea posterior al año 1204, y de no haberse verificado en 1198, ninguna razón nos impide aceptar la de 1210. Pero como D. Sancho fué conocido entre los árabes, según vemos en el *Rudh*, por aquél título, es muy hacedero que una relación escrita tan posteriormente, cayese en un pequeño anacronismo. Nosotros tambien refiriéndonos á cualquiera época de su Reinado, acostumbramos llamar á D. Sancho «hèroe de las Nabas» y «el Fuerte,» y es claro que ninguna de las dos denominaciones las recibió en el instante mismo de ceñirse la corona. La prueba del título es, por lo tanto, deleznable.

Si la fecha del historiador árabe puede, en rigór, ser rechazada, no sucede lo propio con la de los historiadores cristianos. Cuando D. Alfonso de Castilla se apoderó de Vitoria y de Guipúzcoa (año 1200,) D. Sancho andaba ausente de Navarra en tierra de los Arabes, yá fuese èsta Andalucía, yá Marruecos: en esto no cabe duda.

En mi opinión, la jornada fué una; su fecha, despues de Julio de 1198 y antes de 1201; su lugar, Andalucía; su causa, buscár alianzas en los Moros, siguiendo las antiguas aficiones denunciadas por el Papa. Y no hay que levantar el grito contra el monarca euskaro, rodeado de tan malos vecinos, olvidando que cuando corrió peligros la Religión, D. Sancho fué tan grande, tan magnánimo que perdonó las rapiñas de D. Alfonso y las injurias de los Reyes de Castilla, con las que se consideraba agraviado «no sólo en su Padre y Abuelo, sino en todos sus Progenitores desde la muerte de D. Sancho de Peñalen, en tantas invasiones y ocupación de provincias, pertenecientes á la Corona de Pamplona legítimamente»

(1). La victoria de las Nabal fué la nobilísima venganza de nuestro Rey.

No veo, hoy por hoy, mientras no se aumenten mis datos, otra solución. Tiene la ventaja de ceñirse á los puntos históricos que es lícito calificar de incuestionables: tratos con Moros, jornada á país mahometano y pérdida de territorios durante la ausencia. Yo escito á los ilustrados escritores, y aun á los lectores todos de la REVISTA, á que den por abierto este debate y lo esclarezcan con sus conocimientos.

Una es la historia y otra la leyenda. Como asunto estético, de rico sabor caballeresco, pocos conozco que iguallen al de esa Princesa Mcra, por fama enamorada de un Rey cristiano, y al de éste Rey corriendo ásperos peligros para corresponderla. Es un cuento de Las Mil y una Noches engarzado en el romanticismo medio-éval. Esos amores són la idealización de los motivos políticos que buscaban combinaciones fuera de los caminos trillados por los monarcas de la época.

Hermilio Oloriz me habló, más de una vez, de sus proyectos de escribir un Romancero del Rey D. Sancho. Aquél episodio, por sí solo, es digno de hacer vibrar de nuevo á su lira, muda desde hace demasiado tiempo.

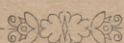
ARTURO CAMPION.

Pamplona 14 de Junio de 1888.

(1) Moret. *Anales de Navarra*, tomo 2.º, cap. 1.º



Cajon de sastre.



QUE CONTIENE RETAZOS BUENOS, MEDIANOS, MALOS Y PEORES.

Más formidable que Briareo el de los cien brazos es una mujer que puede llorar cuando quiere.

El amo:—«¿Cómo es eso? ¿Estás loco, ó lo estoy yo?»—*El criado*:—«Sin duda tiene V. demasiado juicio para tener en su casa un criado loco.»

En un almacén de muñecos. *La mamá*:—«¡Vamos, Conchita; aquí hay un buen surtido de muñecos. No falta donde escoger. Qué clase de muñeco quieres, niña?» *Conchita*:—«Gemelitos, mamá, gemelitos.»

Un marido encerró à su mujer en casa, y otro marido puso à la suya en la calle, cerrando tras ella la puerta. Ambas esposas entablaron demanda de divorcio. ¡Difícil cosa es complacer à las mujeres! ¡En casa ni en la calle están contentas!

Estos días se ha recordado el famoso diario de una bella actriz que iba à la Habana en un vapor francés:

Día 20: El capitán se ha enamorado de mí.

Día 21: El capitán dice que me adora.

Día 22: El capitán dice que si no le correspondo vá à hacer volar el buque.

Día 23: He salvado à la tripulación.

La señora, à una jóven que ofrece sus servicios en calidad de cocinera:—«¿Qué práctica ha tenido V. como cocinera?»—He estado en varias casas principales, y en la última he permanecido siete

años.» — «¿Por qué salió V.?» — «Porque murieron el señor y la señora.» — «¿De qué murieron?» — «De indigestion, señora.»

Un curioso que visitaba una cárcel preguntó á un preso: — «¿Por qué está V. aquí, amigo mio?» — «Por haber estornudado.» — «¿Cómo! ¿Por haber estornudado?» — «Sí, señor. Desperté al que dormía, y me atrapó. ¿Tiene V. un cigarrito?»

En pocas poblaciones habrá un colegio de procuradores tan distinguido como el de Bilbao. Es tambien uno de los más alegres que se conocen, como que en él funcionan *sin descanso* tres excelentes *murgas*.

Por muchas desgracias que experimente el hombre, ninguna es comparable con la mayor y más irreparable de todas: la desgracia de haber nacido.

Decía un solteron que su mayor pesar era que su padre no hubiese sido solteron como él.

Un conocido gomoso, no pudiendo conseguir que su sastre hiciese en la cuenta pendiente una rebaja de alguna consideracion, dijo al maestro: — «¿Qué ingratos son ustedes los sastres! Los españoles de hace dos ó tres siglos, siempre que en la conversacion mentaban á un sastre, decian *con perdon*, como aún se hace hoy al hablar de un gorrino ó de alguna otra cosa sucia. Pero al hablar de los sastres ya no usamos la ofensiva frase, y esa bondad nuestra bien merecia por parte de ustedes, como muestra de gratitud, una rebaja de noventa por ciento en los precios corrientes.» El sastre no hizo la rebaja; pero el gomoso no pagó la cuenta.

Cumplimiento ambiguo. — Un joven vate leía un largo poema á una señora. Despues de un rato se aventuró á preguntar tímidamente: — «¿Qué le parece á V., señora?» — «¡Oh! Estoy impacientísima por oír el desenlace,» fué la respuesta.

— ¡Ay de mí! — decía la viuda de Sanchez — «Si mi pobre marido hubiese hecho testamento, la trasmision de bienes no me proporcionaria tantas molestias.» — «¿Molesta á V. mucho la curia?» — «¿Si me molesta? No me deja un momento de tranquilidad. Aseguro á usted que á veces casi deseo que Antonio no hubiese muerto.»

El amor conyugal en el siglo décimo nono. — Un matrimonio algo maduro pasaba por el *boulevard de las Capuchinas*, de París, cuando una maceta de flores cayó de un cuarto piso sobre la cabeza de la esposa, que quedó muerta en el instante — «¡Sapristi! — exclamó el aterrorizado esposo, — «¡De buena me ha librado!»

Hace algunos años, en las grandes carreras de caballos del *Derby*, cuando el primer premio fué ganado por un caballo francés, los franceses que había presentes vociferaron de un modo atroz, y entre otras expresiones de triunfo, uno de ellos gritó:—«¡Waterloo está vengado!»—«Sí;—exclamó Sir Guillermo Harcourt que estaba presente.—«En ambos casos habeis corrido bien.»

—«Querido Perico»—dijo una jóven esposa à su marido.—«He hablado esta mañana con las criadas, y les he prometido aumentar su salario. Dijeron que todo estaba tan caro ahora; la renta tan elevada, y la carne, el pescado y las hortalizas por las nubes. Me ha parecido que todo eso era muy razonable, pues de ello te quejas con frecuencia tú mismo.»

Un caballero había aceptado una invitacion para comer con una señora cuyas comidas, como era notorio, se ajustaban à una escala muy económica. La comida que le dieron no fué excepcion de la regla, y el convidado dejó la mesa con bastante hambre—«Espero que me hará V. pronto la honra de comer conmigo otra vez,» le dijo la señora cuando aquel se despedía.—«En este mismo instante, si V. quiere;»—replicó el infeliz.

Un profesor de geología, y unos amigos suyos, geólogos tambien, examinaban unas rocas que formando un cerrillo se alzaban al borde de la carretera. Un labrador que pasaba por esta oyó como el profesor hacía notar à sus compañeros los incuestionables vestigios que las lustrosas rocas ofrecían de la marcha de los ventisqueros—«¡Qué idiotas! exclamó el labrador. «Si hubiesen tenido que pagar tantos pantalones como yo he pagado, sabrían porqué las rocas están lustrosas.» Sus hijos tenían la costumbre de deslizarse sentados sobre las rocas, de las que habían hecho lo que los niños llaman aquí un *sirisiri*.

Un veterano que había tomado parte en las principales batallas de la guerra de la Independencia, fué un día visitado por un maestro de escuela y cuatro de sus discípulos favoritos. El maestro de escuela, que tenía singular placer en enseñar la historia contemporánea, iba con el objeto de que sus discípulos vieran confirmadas sus lecciones por un testigo ocular. Despues de una larga conversacion, despedíase el maestro del veterano, cuando este le dijo:—«¡Ah! En este momento recuerdo otra cosa.» El dómine se detuvo muy gozoso, creyendo que iba à oír alguna importante reminiscencia.—«Recuerdo—dijo el veterano;—que al terminar la batalla de

Bailen tenía yo casi tanta sed como ahora.» El domine comprendió la indirecta, é hizo traer algunas botellas de cerveza.

—Qué diferencia hay entre el primer amor y el último?—Que uno siempre cree que el primer amor es el último, y que el último es el primero.

En cuanto al problema. *¿Qué es un hogar sin una madre?*, un muchacho que yo conozco dice que es un sitio muy agradable, siempre que la madre se haya dejado las llaves de la alacena en que se guardan las confituras.

La señora:—«¿Qué se ha hecho de la leche? En verdad que no lo entiendo.» *La doncella*:—«Ha sido el gato, señora.» *La señora*: Eso es una tontería, puesto que no tenemos gato.» *La doncella*:—«Sí; pero V. recordará que dijo que iba á traer uno.»


El papá:—«No, querida niña; no quiero llevar guantes verdes, porque el color no corresponde con el de tu vestido.» *La niña*:—¡Es verdad, papá! (con tristeza)—«Pero, añadió animándose, puedo comprar un vestido y un abrigo y un sombrero y una sombrilla y un abanico que correspondan con los guantes.»

Un conocido actor prestó dos pesetas á un compañero, y cuando le rogó que se las devolviera, aquel le dijo mal humorado:—«Hoy mismo pagaré á V. de un modo ú otro.» Y replicó el acreedor:—«Agradeceré á V. que lo haga del modo que más se parezca á dos pesetas.»

CONTINUARÁ

VICENTE DE ARANA.





FIESTAS EUSKARAS

EN

GUERNICA Y LUNO.



Aunque en breve plazo se propone la Comision organizadora de las mismas publicar el oportuno y definitivo programa de las fiestas, pone desde luego en conocimiento de las personas á quienes interese, á fin de proporcionarles más tiempo para sus trabajos, que, por via de adiccion al programa de certámenes, há meses anunciado, ha acordado señalar los puntos ó temas siguientes:

- 1.º Oda al árbol de Guernica en bascuence. PREMIO: *Un objeto de arte.*
- 2.º Zortziko escrito para orfeon, aplicado á la letra siguiente del inspirado poeta D. Felipe Arrese.

ZORTZIKO BAT GUERNIKARI.

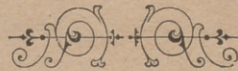
¿Nun topau neike mundu guztian
Emengo Kerispechua?
¿Nun arbola bat Arech onegaz
Beste bat bardintzekua?
Ez iñon bere, beiau elalako.
Arech aiñ aukeratua,
Zeñec jasoten daben zeruruntz
Zarren Lauburu santua.

PREMIO: *medalla y 250 pesetas.*

NOTA. Segun el programa del concurso, todos los Orfeones que en él tomen parte habrán de cantar el *Guernicaco arbolá*, pero como de este

Zortziko hay escritos varios arreglos para voces, y como el Director de cada Orfeon es el que mejor puede apreciar cuál es el arreglo más adecuado á las facultades del que dirige, se autoriza al Director de cada uno de ellos, á elegir entre los arreglos publicados hasta el dia, el que juzgue más conveniente ó hacer uno especial en consonancia con las facultades de la masa coral de su direccion.

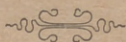
A los maestros compositores que quieran poner en música para voces solas el canto de Altabizcar, se les advierte que este ha de ser el original euskaro, y no traduccion alguna del mismo. Teniendo en cuenta la excesiva extension del mencionado canto, se faculta á los compositores á limitarse á la estrofa ó estrofas que á su juicio sean más adecuadas al objeto.





Les Poètes

À Victor Hugo.



Onorate l' altissimo poeta.
Dante (*Inferno* V.)

I.

Hors nos rêves et nos chimères,
Tout est faux, vide et décevant
Autant en emporte le vent
Avec les siècles éphémères.

Derrière la main qui construit
Et se met dès l'aube à la tâche,
La main qui détruit sans relâche
A travaillé même la nuit.

Les ruines et les décombres
S'écraient sur nos nos vains efforts,
Et ce monde, jonché de morts,
Tournoie entre des gouffres sombres.

L'abîme est là, partout béant:
Gueule inévitable et vorace!
Le Destin fait de notre race
La pourvoyeuse du néant...

Mais non, tout ne meurt point. L' épave,
 Quand la nef et les matelots
 Ont péri, revient sur les flots
 Et s' avance au loin, — frère et brave.

Ainsi le rêve du songeur
 Sort vivant de l' épreuve impure,
 L' homme passe et fuit;... rien ne dure,...
 Hors la chanson du voyageur.

Rien, — hors le cri de l' âme humaine,
 Amer ou tendre, humble, mais grand,
 Et que le Poète en courant
 Jette à l' écho qui le promène.

Charlemagne et Napoléon
 Laissent une œuvre plus fragile
 Que le moindre vers de Virgile
 Ou qu' une Ode d' Anacréon.

La feuille volante du livre
 Va, le ciel soit sombre ou serein.
 Dante est notre contemporain...
 Qui de nous ne l' a senti vivre?

O Poètes victorieux!
 Les postérités, étonnées
 De vos éternelles années,
 Vous ont mêlés avec les dieux.

Armé de son double poème
 Mieux que d' un tonnerre effondré
 L' aveugle Homère est adoré,
 Plus puissant que Jupiter même:

Et comment marquer dans le temps
 Les frontières du vaste empire
 Que s' est taillé William Shakspeare?...
 — C' est la revanche des Titans.

Des lutteurs à l' âme indomptée
 Epris de lumière et, plus haut
 Plus haut toujours, portant l' assaut,
 Fils et vengeurs de Prométhée!

Ils renaissent ces foudroyés,
 Accrus dans leur volonté forte.
 — Le vautour à leur flanc, qu' importe!...
 Les bras saignants, la chaîne aux pieds,

Ils chantent, simples et sublimes,
 Et, fous d'amour, ivres d'espoir,
 Ils s'élancent—« Voir, c'est avoir! »—
 Vers l'Idéal qui brille aux cimes.

II.

Vous, — des premiers et des meilleurs,
 L'égal de tous par le génie, —
 Dans l'apothéose infinie
 Montez! Vous êtes bien des leurs.

La haine à pu, stupide et noire,
 Mordre les piliers de l'autel;
 Dès votre jeunesse immortel,
 Vous avez vieilli dans la gloire.

De rêves généreux hanté,
 Prompt à bénir, lent à maudire.
 Et prouvant toujours que la lyre
 Sert d'égide à la Liberté.

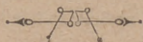
Vous avez, dans la guerre Sainte
 Pour la Justice et pour l'amour,
 Soutenu tout le poids du jour...
 Soyez grand! Triomphez sans crainte!

L'auréole des cheveux blancs,
 Comme au guerrier, sied au Poète:
 Elle achève la noble tête
 Des vétérans et des vaillants.

Et, qu'on regrette ou qu'on espère,
 Vous êtes parmi nous le seul
 Qu'on atteste comme un aieul
 Et qu'on écoute comme un père.

Aieul et père! Anguste et doux!
 Vainqueur des âges! ... La Patrie
 Dans un même lien marie
 Son âne impérissable et Vous.

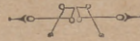
OCTAVE LACROIX. (1)



(1) Esta poesía se escribió para felicitar al gran poeta en el octogésimo aniversario de su nacimiento.



Crónica local.



¡El Sr. D. Francisco de Cariaga y las Carreras ha ido á morar á un mundo mejor!

Vizcaya ha perdido uno de sus mejores y más amantes hijos, el ilustre colegio de abogados de Bilbao uno de sus más distinguidos miembros, la apreciable familia del finado un padre amantísimo y un esposo modelo. ¡Descanse en paz el buen caballero, el leal amigo, el benemérito ciudadano!

En el tiempo inolvidable en que en Vizcaya había libertad, el Sr. de Cariaga, que siempre fué amadísimo de todos los buenos vizcaínos, desempeñó muy dignamente la más alta magistratura foral, en union de otro patricio no ménos benemérito, nuestro querido y respetable amigo el Excmo. Sr. D. Manuel María de Gortázar, cuya vida guarde Dios muchos años.

La honda pena que el fallecimiento del Sr. de Cariaga ha causado en Bilbao y en todo el Señorío, debe servir de lenitivo en su amargo desconsuelo á la distinguida familia del finado, á la que envió el más sentido pésame.



Hablaba yo en la Crónica anterior de la proyectada ferrocarril á Balmaseda, y los cajistas, á quienes Dios perdone, me hicieron decir que la nueva línea partirá de *Zorroza*, siendo así que, como nadie ignora, ha de partir de *Zorroza*, en la anteiglesia de Abando. Pronto podremos ir, rápida y cómodamente, á la noble villa que baña sus plantas en el Cadagua.



En el partido de pelota jugado en el fronton de Deusto por el Manco y Otegui contra Ozoro y Recondo, ganaron estos dejando á sus competidores en 46 tantos. Sobresalió entre los cuatro Recondo, que jugó de un modo admirable. Su compañero empezó con alguna flojedad y con poca fortuna; pero creció en la lucha y fatigó á los contrarios con su notable juego. El Manco estuvo desigual; superior á veces y á veces descuidadísimo. Otegui le secundó con vigor y acierto notables.



Ha sido aquí recibida con júbilo la noticia de la aprobacion del proyecto para la construcción del puerto exterior en el Abra, y tengo satisfaccion singularísima en felicitar por ello á todos mis paisanos y convecinos, y en primer término al eminente ingeniero señor Churruca, autor de tan notable proyecto.



Cubiertos de laureles, y con los bolsillos bien repletos de pesos duros ganados á la orilla del río de la Plata, han regresado á la Península nuestros amados y aplaudidos *pelotaris*. Claudio Brau y el Marinero están en S. Sebastián; Elicegui, Samperio y Guruciaga en Rentería; el Chiquito y el Pasiego en Eibar; y el Zurdo y Beloqui en Villabona; Eustaquio Brau, Portal, Uranga y Melchór han ido á visitar la exposicion de Barcelona.



Mr. Paul Pique, cónsul de Francia en esta villa, ha sido ascendido, por decreto de 1.º de Junio último, á la categoría de cónsul general con la misma residencia. Reciba el celoso y distinguido funcionario mi cordialísima enhorabuena por tan merecido ascenso.



Muy disgustado quedó el público del partido de pelota jugado en Deusto por Recondo y Otegui contra Ozoro y Salsamendi; vencieron estos dejando á sus adversarios en 31 tantos.

En mi concepto fué un gran error colocar á Recondo atrás; pues este joven *pelotari*, tan terrible en el juego delantero, no tiene aún el vigor suficiente para el juego de atrás.

Los cuatro jugadores estuvieron mal, siendo el mejor Ozoro, que sin embargo no estuvo tampoco á la altura de otras veces.



Dejaban no poco que desear las comunicaciones entre Bilbao y Santander; pero han mejorado de un modo considerable, gracias á la empresa que á ese servicio ha destinado el lindo vapor *Expres*, de 11 millas de marcha por hora. Por cierto que al dar cuenta del viaje inaugural, un diario de la localidad cita al maquinista del vapor, llamándole *sir* Charles Gilbory. En verdad que puede estar contento este inteligente oficial, pues *sir* es el título que en Inglaterra se dá á los baronetes y á los caballeros de las ordenes militares. La cosa es verdaderamente ridícula; era preciso haber dicho sencillamente *Mr*; esto es, *mister*.

En el mismo diario local, y precisamente en el mismo número, se dice *parisien*, que es gabacho puro, donde se debia decir *parisiense*, que es como en castellano se llama á los habitantes de París. Eso de *parisien* me hace un efecto horrible; la tal palabreja es una aguda espina

que tengo en la garganta sin pasar.



Orgullosos pueden estar nuestros insignes *pelotaris* de su brillante campaña ultramarina. ¡Qué elogios les prodiga la prensa del otro mundo! Hablando del emperador de los frontones, del eibarrés sin par, del más *grande* de los *chiquitos* conocidos, dice el excelente semanario *Laurak-bat*, de la Habana, copiándolo del *Correo Español*, de Buenos Aires: «su habilidad y maestría son tantas, que concluye por desconcertar á sus rivales ganando tantos que dejan llenos de asombro á todos.»

El mismo periódico hace grandes elogios de Elicegui, Brau y Mardura; pondera los progresos de Portal; y apellida á Beloqui *brazo de acero*.



Se han declarado en huelga la mayor parte de los canteros de nuestra villa, que piden cierta disminucion en las horas de trabajo. De desear es que cese pronto la huelga, que causa grandes perjuicios á todos, y principalmente á los mismos huelguistas.



Nuestra celosa *Cámara de Comercio*, ha publicado el 6.º *Boletín Mensual*, tan interesante como los anteriores.

Se ha publicado el número 287 de la *Euskalerria* de San Sebastian, que contiene muy interesantes trabajos en bascuence y castellano.

Muchas y muy interesantes noticias contienen los últimos números publicados del patriótico semanario *Laurak-bat*, de la Habana, citado más arriba.

El número 270 del *Boletín de la institución libre de enseñanza pública*, entre otros notables artículos, uno curiosísimo sobre el *Paraíso y purgatorio de las almas según la mitología de los iberos*, firmado por D. Joaquín Costa.

Los Sres. D^o Ayot, Fernández Merino, Acero, García, Lians y otros han escrito el número 302 de la notable *Revista Contemporánea*.

Tantos y tan interesantes documentos internacionales relacionados con los fines de la patriótica institución pública el n.º 36 de la *Unión Ibero-Americana*, que se puede decir que es un interesantísimo archivo diplomático.

El mejor elogio que se puede hacer del n.º 1 de *L'Independant Littéraire* es que lo firman los Sres. Marx, Buffenoir, Wagnon, Rarbe, Berr de Turiqua, Buet, Willot, d^o Ariane y Delepouve.

Interesantes artículos y lindos grabados contiene el n.º 13 de la importante Revista bi-mensual *Le Conseiller des mères et des jeunes filles*.

Muy bellos y notables trabajos en prosa y en verso contiene el último número publicado de la excelente *Revue Libre* (antes *La Jeune France*).

Los Sres. Thamin, Pionchon, Rodier y otros han escrito el notable n.º 16 de *L'instruction des jeunes filles*.

El n.º 6 de *La Tradition* es un verdadero tesoro para los aficionados á los estudios *folklóricos*; tantas y tan curiosas noticias contiene.



Un marqués dijo en una ocasión á Voltaire:

—«¿Es verdad, señor, que en una casa en que me tienen por ingenioso, dijo V. que carezco por completo de ingenio?».

Y respondió Voltaire:

—«Señor mío, no hay en eso ni una palabra de verdad. Jamás he estado en casa alguna en que tengan á V. por ingenioso, y jamás he tenido que decir á nadie que V. carece por completo de ingenio.»

JOCUNDO DE GATICA.



o
-
-
-
a
r
o
i,
a
-
-
-
os
ie
na
ce

REVISTA DE VIZCAYA

CONDICIONES DE ESTA PUBLICACION.

Esta REVISTA se publica los dias 15 y 30 de cada mes, en cuadernos elegantemente impresos de más de 40 páginas. Contiene artículos de ciencia y arte, revistas y crónicas especiales de todos los acontecimientos notables, novelas, críticas de libros y de obras artísticas, biografías de hombres célebres, etc.; dedica especial atencion al movimiento intelectual moral y material de las provincias.



PRECIOS DE SUSCRICION.

EN TODA ESPAÑA.

ULTRAMAR Y EXTRANJERO.

Tres meses.	3 pesetas	Tres meses.	5 pesetas
Un año.	10 »	Un año	15 »

Número suelto, 75 cènts. de peseta

PUNTOS DE VENTA EN BILBAO

Librería de D. Juan E. Delmas, Correo 24.—Librería de D. Antonio Apellaniz, Libertad 1—D. Eduardo Delmas, Correo 8

EN PARIS.

Librería de Mr. Albert Savine—18—Rue Drouot.

